

que no encerrase en su seno algún amante celoso de las musas. Versos hacía el militar en medio del estruendo y del continuo sonar de trompas y clarines; versos, el hacendado entretenido en sus trabajos y faenas; versos, el religioso en el retiro de la soledad; versos, el caballero en sus cuitas y afanes; versos, la gentil señora en su tranquilo recogimiento. En toda España resonaba sin interrupción la voz de las Musas, menudeando de todas partes epístolas y canciones, romances y sonetos, epigramas y madrigales.

¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel en que, tranquila el alma y ajena de pasiones que miserablemente la envilecen é infiernan, podía entregarse sin cuidado á las dulces artes de la paz y al cultivo de las más bellas facultades con que plugo á Dios enriquecer á nuestra naturaleza! ¡Feliz ocupacion la de aquellos varones ilustres que, á vueltas de los negocios más arduos y de las más difíciles especulaciones del entendimiento entreveraban el ameno cultivo de las letras y el suavísimo solaz de la poesía! Hermoso descanso el de aquellos que, después de recorrer las bellísimas florestas de Italia ó de vuelta de las brumas de Flandes ó de las encantadoras regiones de las Indias en las cuales habían derramado su sangre por el honor de la patria, tornaban alegres á sus hogares, y allí, rodeados de su familia, abastecida la mesa de amable paz, con un libro y un amigo, renovaban sus estudios juveniles y buscaban en el cultivo del arte vagar y honesta diversion á sus inteligencias. Así ennoblecían su imaginacion y herмосeaban sus sentimientos, y con la acertada compostura de las palabras, con el resplandor de las figuras, con las luces y adornos de las argentadas frases, granjeaban majestad y belleza á los conceptos, gala y primor á su estilo y perfección extraordinaria á la lengua, á la cual preparaban para recibir su mayor grandeza y su más hermosa y resplandeciente claridad.

Siempre fué la poesía la forma en que el arte del bien decir comenzó á alcanzar su perfección y hermosura. Lo mismo en Grecia que en Italia, lo mismo en las naciones y literaturas antiguas que en las modernas la forma poética fué la primera en donde logró el arte de la palabra sus primeros triunfos; pero no se puede negar que el campo donde logró su mayor realce y grandeza, y donde venció mayores dificultades y puso en alarde sus más preciadas riquezas, no fué la poesía, sino la prosa. Ocultas en la armonía resonante del verso, pasan por alto faltas de lenguaje y de estilo que no pueden menos de descubrirse en la desnudez del hablar sencillo y desatado. El arte, además, parece que se esconde y pierde con el ruido sonoro de la versificación. En la prosa, en fin, campea el ingenio con más desembarazo y gallardía, y suelto de las trabas ó violencias que imponen la estructura del metro y la consonancia de la rima, puede dar á sus conceptos una forma más apropiada y hermosa, y á su razonamiento toda la libertad que pide la naturaleza de las cosas para ser realizadas cual conviene. Y como esta misma desenvoltura y libertad le exponen más al peligro de traspasar las reglas impuestas por la sabiduría de la razón y por las leyes del buen gusto, el es cribir bien y hermosamente en prosa, y el triunfar de tantas dificultades como trae consigo este arte supone dotes más excelentes de entendimiento, discreción y sabiduría que no el arte de hacer versos. Nada es en efecto más fácil que el persuadirse de que escribir bien en prosa es cosa llana y que no puede ofrecer dificultad, antes se dan muchos á pensar que, como todo el mundo habla en prosa, hay que escribirla como la habla todo el mundo, sin diferenciar lo que va de la naturaleza al arte, y no considerando que si el arte imita á la naturaleza es para embellecerla y realzarla con esta imitación. Finalmente, por lo que toca á nuestra lengua es esta tan magnífica de suyo y tan espléndida y sonora, que, á

vueltas del verso, se esconden fácilmente ideas baladíes y aun torcidas y erróneas, cosa que no es tan fácil en la franca luz de la prosa. Así vemos que versos bellos, elegantes y armoniosos los han hecho millares en España; lo que ha escaseado siempre entre nosotros han sido buenos prosadores, dotados de estilo propio, correcto y bien formado, y que hayan puesto en su lenguaje aquel artificio que es triunfo supremo del arte y prenda de gloriosa inmortalidad.

Este artificio no se consigue sin grandes trabajos y afanes. Así los escritores á quienes el juicio de la posteridad ha colocado en la parte más sagrada del templo del arte, sintiendo esta dificultad de realzar y ennoblecer el hablar común, se dieron al trabajo de pulirlo y hermosearlo no cansándose de corregir y de enmendar y no dejando la pluma sino con el pesar de no haber podido comunicar á sus escritos aquel punto de perfección que entreveían en su mente. Conocían que lo bueno cuesta mucho; que lo bello, según Platón, es difícil; que la bondad y duración de las obras de arte, generalmente hablando, están en proporción con el trabajo y tiempo que ha costado el llevarlas á su artística perfección, y, en fin, que solamente

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento
Do nunca llega quien de allí declina.

Así Platón, á los ochenta años de edad, corrige aún sus diálogos, habiéndose encontrado después de su muerte el principio de uno de ellos, el de *la República*, variado hasta de veinte maneras. Pascal trabaja tanto su estilo, que cambia hasta ocho y diez veces un pensamiento, cuya primera forma á cualquiera hubiera parecido inmejorable. Buffón hace tantas correcciones á su libro sobre *las Épocas de la Naturaleza*, que tiene necesi-

dad de copiarlo hasta once veces. Manzoni se está quince años corrigiendo su novela inmortal *I promessi sposi*; y así otros muchos que sería fácil citar. Y para traer un ejemplo de nuestra patria, un ingenio maravilloso á quien conocieron muchos de los que aun viven y que fué honor de la Academia española, el insigne Adelardo López de Ayala, pasa doce horas, repartidas en cuatro días, escribiendo y borrando y desborrando y volviendo á escribir para hacer una descripción de pocas páginas, tan sencilla y natural, que parece sacada de un rasgo de pluma. Tales fueron las dificultades que hallaron escritores ilustres para dar á la expresión de sus pensamientos aquella forma hermosa, apropiada, única que convenía á la naturaleza y circunstancias de las cosas que querían expresar; así concibieron el fin del arte y el respeto que debe el hombre al resplandor de la Divinidad que brilla en la hermosura de las cosas, y los esfuerzos que tiene que hacer para traspasarlo puro y no contaminado á las creaciones de su mente.

No pensaron de otra suerte los escritores que en la edad más gloriosa de nuestra literatura levantaron la lengua castellana á su mayor punto de perfección y encumbramiento. «Ríete de poeta que no borra, decía Lope de Vega en boca de uno de los personajes de *La Dorotea*, y trae el caso de un escritor que, respondiendo á un príncipe que le preguntaba cómo componía, le dió la contestación en los versos siguientes:

—¿Cómo compones?—Leyendo,
y lo que leo imitando,
y lo que imito escribiendo,
y lo que escribo borrando,
de lo borrado escogiendo.»

Y lo que decía Lope de Vega del verso tiene igualmente lugar en la prosa. «La prosa, cuando se habla ó escribe como

conviene, decía el famoso Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa (1), mantiene indecible decoro y gravedad, siendo su artificio mucho más ingenioso que el del verso.» Y cuanto son mayores las dificultades de este artificio, tanto con mayor empeño se esforzaban á vencerlas los buenos escritores. «¡Qué sabrosa me queda la mano cuando borro algo!» exclamaba con ingenua sencillez el P. Ribadeneira; el cual, así como el ilustre Manzoni consultaba sus dudas sobre la pureza de la lengua toscana con una criada que á propósito se había hecho traer de Florencia, así nuestro autor preguntaba á las gentes sencillas sobre las frases y modos de decir castellanos, ateniéndose fácilmente á su consejo.

Mas nadie ha puesto más en su punto éste de corregir y limar el estilo y sus ventajas y dificultades como aquel divino Fr. Luis de León, el alma tal vez más hermosa que ha atravesado este suelo de España, y en quien se juntó la mayor capacidad de ingenio que hubo en su tiempo, al decir de uno de sus contemporáneos (2), con el sentimiento más vivo de la belleza de la naturaleza y del arte y la facultad de expresarla con la mayor elegancia y galanura. El cual, respondiendo á los que le acusaban de haberse apartado en sus escritos de la llaneza del hablar común, poniendo concierto en sus palabras y escogiéndolas y dándoles su lugar para que resaltase más su natural hermosura, les advierte (3) que «el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, ansí en lo que se dice, como en la manera como se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y mira el sonido dellas, y aun cuenta á veces las letras y las pesa y las mide y

(1) En el *Pasajero*, Alivio II, fol. 48, edición de 1618.

(2) El autor del elogio que acompaña al retrato de Fray Luis en el célebre *Libro de retratos* de Pacheco.

(3) Al principio del libro III de *Los Nombres de Cristo*.

las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura». Palabras que debieran estar de continuo en la memoria de cuantos aspiran á la perfección del arte, y á la gloria que se adquiere con el uso propio, correcto y elegante de la lengua castellana. Y tal como lo enseñaba así lo hacía y practicaba aquel ingenio prodigioso, habiéndonos dejado en sus obras, como dice D. Francisco de Quevedo, «el singular ornamento y el mayor blasón del habla castellana», y en quien está, como advertía Fr. Pedro Malón de Chaide, «el adorno que los celosos del lenguaje español pueden desear»; libros, en fin, que á mi juicio son los más á propósito para formar y perfeccionar el estilo, y que debían traer en las manos y tener siempre ante los ojos y leer y releer una y otra vez cuantos desean realzar la grandeza y la majestad del lenguaje español y conocer la riqueza que tiene de luces y fiore y galas y modos de decir para usarlos convenientemente.

Emulando esta gloria y grandeza, y deseosos de ilustrar y aderezar nuestra habla con todas las galas y primores de que la consideraban capaz, los buenos escritores de nuestra edad dorada principiaron por el buen escogimiento de las palabras, desechando las que por su mal sonido ó por la bajeza del concepto que envolvían, ó por la aplicación depravada que hacia de ellas el vulgo, podían envilecer ó abatir el estilo, y adoptando las que, siendo de solar noble y conocido, podían ilustrarlo y engrandecerlo. De esta cultura y pulimento provino el purificarse y aquilatarse y como fundirse de nuevo nuestra lengua castellana, de tal manera, que casi todas las palabras que aquellos escritores reprobaron ó desecharon, han quedado definitivamente desechadas y reprobadas; y casi todas las que usaron ó introdujeron, perseveran hoy en el uso común y con la propia significación y forma de en-

tonces, aunque no con igual hermosura, viveza y gallardía.

Esta purificación y aquilatación era el fundamento sobre que había de asentarse el adorno conveniente de nuestra lengua, así como la buena disposición del cuerpo es la condición indispensable para que asienten y resplandezcan en él las preseas con que se quiere engalanarle. Después de haber purificado y acrisolado el tesoro de las palabras y alcanzado con esto la propiedad y sinceridad del lenguaje, nuestros grandes escritores atendieron á su orden y colocación, fiando en ella la mejor prenda de su hermosura y el esplendor de su elegancia y gentileza; y en la serie y combinación de los vocablos, en el uso de las partículas, en la aplicación de los epítetos y calificativos, en la trabazón y buena correspondencia de las cláusulas, en la amplitud, variedad y armonía de los períodos, buscaron el mayor lustre y el más esplendoroso acrecentamiento que puede recibir el estilo.

Cuán felizmente lo consiguieron, y en qué alteza de perfección lograron levantar la lengua por estos medios, no hay términos con que declararlo ni encarecerlo. La vivísima fantasía española, inflamada por el amor de la ideal belleza, la traspasó á las palabras con acierto y discreción admirables; y en la claridad y concisión de la frase, en la copia de luces y matices, en la suavidad y dulzura de la oración, en la variedad, belleza y resplandor de los conceptos hizo alarde de tales riquezas, de tal manera sacó á luz las fuerzas que en sí encerraba nuestra lengua, y á tal punto de perfección y hermosura la levantó, que parece imposible que la prosa castellana llegue á tener jamás la majestad, belleza y gallardía que alcanzó en aquella edad gloriosísima. Grave, severa, y con una fuerza de elocuencia y persuasión maravillosa en Avila, Granada, Estella, Zárate, y en general en todos los ascéticos; vivacísima y espléndidamente colorida en Fr. Luis de León, Malón de Chaide,

Márquez; suavísima y encantadora en Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz, Santa Teresa; briosa y llena de originalidad en Sigüenza, Antonio Pérez, Mariana, Quevedo; correcta y esmerada en La Palma, Martín de Roa y Bernardino de Villegas; armoniosa y flexible en Cervantes, Lope de Vega, Espinel, y en todos los novelistas; nuestra lengua recorrió toda la escala ó grados de perfección en que puede engrandecerse la palabra humana, y en todos ofreció ejemplos ó dechados que serán eternamente dignos de admiración y estudio.

En tan grande riqueza de luz y en tan bella armonía de tonos y sonidos hay una nota que sobresale y señorea y da fisonomía ó carácter especial á estos escritores, distinguiéndolos no sólo de los que florecieron en España antes y después de ellos, sino también de todos los que han florecido en los demás pueblos ó naciones de la tierra, y esta nota es la espontaneidad, la franqueza, la sinceridad y calor de vida que los anima y penetra. En esto se parece el estilo de nuestros escritores al de los que profesaron en España el arte de la pintura, siendo maravilloso el contraste de semejanza que resulta de comparar á Ávila, Granada, Fr. Luis de León, Lope de Vega y Cervantes, con Alonso Cano, Zurbarán, Ribera, Murillo y Velázquez. Todos son bellos y magníficos, pero todos son espontaneos y sinceros; todos son espléndidos y grandiosos, pero todos son naturales y sencillos; antes su mayor belleza y magnificencia y la causa del deleite indecible que unos y otros producen en nosotros, consiste en la sinceridad de su inspiración, en el vigor y nerviosidad de su genio, en la gala y brillantez de colorido, con que unos y otros bañan y revisten sus creaciones.

Nada hay más ajeno de nuestros escritores, de aquéllos principalmente á quien llamaba Juan de Valdés *Principes de la lengua*, que la afectación y el amaneramiento; nada más extraño que el componer y matizar las palabras para seducir al lector, á

fin de que, lisonjeado con el ruido de las voces, no pare su atención en la pobreza de las ideas que en ellas andan envueltas. Su grandeza está en su sencillez. La elocuencia de las palabras es expresión del calor de los sentimientos, y por esto es viva y comunicativa. Su estilo es espontáneo y natural, y por esto es gallardo y hermoso. En fin, la majestuosa gentileza de la lengua castellana, tal como resplandece en estos escritores esclarecidos, es trasunto fidelísimo de las ideas y sentimientos que constituyen la vida de la sociedad en que viven, de las pasiones que los agitan, del entusiasmo vivificador que empuja á todos y les inspira ideas grandes y sublimes y empresas y hazañas portentosas, y por esto es hermosa sin afeminación, grave sin dureza ni aridez, elegante sin afectación ni molición.

Y aquí se nos descubre ya la causa principal de la magnificencia de la lengua castellana en el siglo de nuestra grandeza nacional y el origen de la poderosísima vitalidad que por ella discurre y que contribuyó á su perfección y hermosura más que la claridad del concepto y el aparato y el esplendor de los adornos.

III

«Estando el Sumo Pontificado en vuestras manos y el Imperio en las mías, decía el César Carlos V al Papa Adriano VI (1), me parece que esto sucede á fin de que hagamos juntos muchas y grandes cosas.» Y cualquiera que fuese el pretexto ó la ocasión de escribirse estas palabras, nunca pudieron decirse con tanta verdad como en aquella época gloriosa, porque jamás

(1) En una carta de 7 de Marzo de 1522 publicada por Lanz en la *Correspondenz des Kaisers Karl V*, según copia existente en los Archivos de Bruselas, t. I, pág. 58.

han sucedido en el mundo acontecimientos tan grandes como los que entonces se realizaron. Todo en aquella maravillosa edad cambia, todo se adelanta y transforma. Con el descubrimiento de la América y de las Indias complétase la idea del mundo. Nacen las artes ó se renuevan y enaltecen con el conocimiento de la clásica antigüedad. Las lenguas vulgares se pulen y perfeccionan. Fúndanse las ciencias experimentales. Anúnciase el verdadero sistema del universo. Y la expansión que logra el dominio ó señorío de la inteligencia se refleja en el de la voluntad y en todas las facultades del hombre. Un aliento nuevo, un calor vital, un entusiasmo extraordinario penetra todos los espíritus. Parece que la naturaleza humana entra en vías nuevas y desconocidas, en las cuales sus ideas se ensanchan y engrandecen, sus pasiones se exaltan, toda su actividad se renueva y sublima. Es la era más grande, el florecimiento más espléndido de la vida y del poderío del hombre que se ha realizado en el teatro de la historia.

La nación española, llegada á su mayor cumbre de prosperidad, colocada por la mano de la Divina Providencia al frente de los pueblos y naciones civilizadas y gobernada por reyes y príncipes egregios, se puso al frente de tan extraordinario movimiento de las almas y lo guió y fomentó, haciéndole producir los más grandiosos resultados. Francia vencida, Italia hecha tributaria, Alemania unida en su suerte con la nuestra por enlaces y casamientos, Inglaterra encerrada en sus límites insulares, el poder de los turcos para siempre quebrantado, unidas en el interior sus provincias, España era la dominadora del mundo. Nada se oponía á sus designios, nada contrastaba sus voluntades. El nombre de España era el más temido y el más respetado en toda la tierra. Precedidos por la fortuna, amparados por los derechos de las dinastías ó por el que lleva consigo la aristocracia del saber y de la virtud, los españoles